



# ENCONTREMOS EL TIEMPO PERDIDO

Eduardo Matos Moctezuma\*

**C**orría 1859. En aquel año moría en Alemania el barón Alexander von Humboldt, que en 1803 rescató del patio de la Real y Pontificia Universidad la escultura de Coatlicue, enterrada allí por frailes que no querían "oponerla a la juventud mejicana". Y viene a la memoria el nombre del sabio alemán que hoy cumple dos siglos de haber estado en Nueva España por razones dignas de mención: por un lado, su interés en el México antiguo, que dio a conocer en varias de sus obras, especialmente en *Sitios de cordilleras y de los pueblos indígenas de América*; por otra parte, su influencia en Charles Darwin para que visitara lugares de interés cuando preparaba su obra *El origen de las especies*, que en noviembre de aquel año de 1859 se daba a conocer y que daría pie al avance significativo de varias disciplinas científicas. Esto, junto con la edición del *Prefacio a la contribución de la crítica de la economía política*, de Marx, donde plantea que han existido diversos tipos de sociedades en el pasado, y de la aceptación, en Londres, de los hallazgos de instrumentos que Boucher de Perthes encontró en Abbeville, Francia, con lo cual la antigüedad del hombre rebasaba el hasta entonces insuperable tope del diluvio universal, venía a poner orden en el proceso de desarrollo humano y descartaba totalmente las posiciones idealistas de la Iglesia, que buen caso hacía a los planteamientos del arzobispo Ussher y del obispo Lighfoot, los cuales, en el siglo XVII, hicieron una cronología de la creación del mundo y del hombre basados en el Génesis y concluyeron que éstos habían sido creados por Dios en el 4004 a.C. Tanta precisión de los teólogos se pensaba irrefutable, pues su fuente de inspiración era, ni más ni menos, la Biblia.

Pues bien, las tres aportaciones de los sabios mencionados, las cuales se conjugaron en aquel año de 1859, venían a sentar bases firmes para desterrar ideas tales y colocar cimientos fuertes para las posiciones científicas, apoyadas en los hechos comprobados y no en textos religiosos.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces. Una de las disciplinas que cobró fuerza a partir de aquel momento fue el estudio referido al pasado del hombre. La arqueología surgía con la finalidad de penetrar en el conocimiento de las sociedades pretéritas por medio de los materiales elaborados por ellas mismas. Un gran paso se había dado en los estudios del devenir de la humanidad. Lo que en un principio se presentó, en algunos casos, como el interés en determinados objetos que revestían características de obras de arte, pronto tomó otro derrotero, donde la arqueología se vio enriquecida con las técnicas de prospección, excavación y fechamiento cada vez más sofisticadas, las cuales ayudarían al especialista en su búsqueda del hombre.

\*Arqueólogo. Es miembro de El Colegio Nacional

En México, el interés en las sociedades del pasado se remontó hasta los primeros hombres que se asentaron en el actual territorio nacional. Sin embargo, a lo largo de su historia, la interrogante de la presencia del hombre, que ocupa un espacio y un tiempo determinados, fue motivo de varias maneras de responder y de explicar su propia presencia en el universo. Así, vemos cómo desde épocas muy tempranas el hombre prehispánico recurrió a los mitos, que lo ayudaban a entender el lugar de los astros, los dioses, la tierra y del hombre mismo; elaboró cosmogonías mediante las cuales, con el poder creativo que lo caracteriza, creaba a los dioses y depositaba en ellos el origen del mundo circundante. Mitos cosmogónicos, antropogénicos y necrogénicos que se perdían en lo arcano del tiempo daban respuesta a la interrogante, siempre presente en el hombre, de su presencia en la tierra.

Con la llegada de nuevas ideas, a principios del siglo XVI el pensamiento mesoamericano sufrió un embate que negaba sus cosmogonías ancestrales. Otros dioses venían a suplantar a los que hasta entonces estuvieron presentes en Mesoamérica. No deja de ser relevante aquel encuentro entre Moctezuma y Cortés en el Templo Mayor azteca, del que nos ha dejado memoria Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde el segundo trata de convencer al primero de que se adore a los dioses recién llegados. La irritación de Moctezuma es evidente y su respuesta, terminante:

Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Éstos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y muy buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos, y tenemoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es que no se digan otras palabras en su deshonor.<sup>1</sup>

La imprudencia del capitán español no bastó para que, meses más tarde, los sacerdotes de Huitzilopochtli callaran y los sacerdotes cristianos tomaran la palabra... Ídolos y templos a los que se consideraba obra del demonio fueron destruidos y poco a poco suplantados por la obra atribuida a los ángeles. Sin embargo, surgió una interrogante para los recién llegados: ¿de dónde provenían estos miles y miles de hombres asentados a lo largo y ancho de Nueva España? ¿Quiénes eran? Muchos encontraron la respuesta en la Biblia: provenían de las tribus dispersas de Israel. Y si la Biblia hablaba de la torre de Babel, los frailes la veían en la pirámide de Cholula. Y si hallaban determinadas costumbres en los indígenas, los poseedores de la "nueva palabra" encontraban pronta respuesta en las sagradas escrituras y en el pueblo judío. Todo era obra del Dios cristiano. ¡Se llegó a pensar que el apóstol santo Tomás había estado en estas tierras en la figura de Quetzalcóatl! De esa manera se explica-



<sup>1</sup> Nuevo Mundo, México, 1943.

ba la presencia de cruces en lápidas y esculturas, que lejos estaban de guardar el mismo simbolismo que las cruces cristianas. Aquéllas representaban los cuatro rumbos del universo; éstas, la muerte de Cristo.

En el siglo <sup>xvi</sup> recordamos la voz del jesuita Joseph de Acosta, que se manifestó de manera diferente, como lo relata en su *Historia natural y moral de las Indias*. Pensaba que estas tierras habían sido pobladas "no tanto navegando por mar como caminando por tierra" y que sus primeros habitantes había sido gente sin mayor pulimento. En fin, la polémica creada a partir de la conquista de América tendría, en mayor o menor grado, explicaciones idealistas y distantes de la realidad. Sólo algunos casos aislados, como el del jesuita Acosta, trataron de ver un poco más allá.

El siglo <sup>xviii</sup> sería determinante para nuestra arqueología. El interés por el pasado de personas como Boturini, Clavijero, Alzate, León y Gama y otras más enriqueció el conocimiento de los vestigios arqueológicos. La Ilustración, con todas sus consecuencias, estuvo presente. Hallazgos como los de la Piedra del Sol y la Coatlicue; los recorridos y descripciones de diversas ciudades antiguas; los primeros libros publicados sobre ellas, como es el caso de Xochicalco y las esculturas de la Plaza Mayor de México, fueron despertando un interés más allá de la simple contemplación de lo antiguo. Había una necesidad de revalorar a estas sociedades a medida que se fraguaban y consolidaban las ideas independentistas: se estableció una relación de la naciente república con lo prehispánico, que había sido destruido y negado por los españoles. ¡Allí estaba la verdadera raíz truncada en el siglo <sup>xvi</sup>!

Este pensamiento sería evidente en discursos, proclamas, publicaciones. ¿Cómo podríamos explicar que el símbolo azteca del águila posada en el nopal prevalezca en la bandera y escudo nacionales, en detrimento de, por ejemplo, la Virgen de Guadalupe, jefa de las fuerzas insurgentes? ¿No representa el color blanco de la bandera la pureza de la religión católica? Bien hubiera sido buen lugar para colocar la imagen... Sin embargo, el símbolo de Huitzilopochtli quedó plasmado por la necesidad de sustentar un origen y establecer el vínculo histórico con el México mutilado por la corona española.

Corren los años. Nuevos descubrimientos dan paso y ayudan a despejar ideas erróneas y a conocer cada vez mejor el pasado prehispánico. La publicación en Inglaterra, en 1822, del informe del capitán Antonio del Río sobre sus trabajos en Palenque, abre las puertas del mundo maya. Muchos son los viajeros que se aprestan a internarse en la selva para conocer, describir y publicar sus experiencias en las antiguas ciudades del sureste. La inauguración del Museo Nacional en 1865, por Maximiliano, deja atrás las vicisitudes por que debió pasar desde su creación en 1825, aunque fuera en papel, por orden de don Guadalupe Victoria. Dice el decreto en la parte correspondiente: "Su Excelencia el Presidente de la República se ha servido resolver que con las antigüedades que se han

traído desde la Isla de Sacrificios y otras que existen en esta capital, se forme un Museo Nacional y que a este fin se destine uno de los salones de la Universidad".





Otra vez la universidad. En ella se habían resguardado, a finales del siglo XVIII, los objetos arqueológicos recuperados hasta entonces. En ella se trata de establecer el nuevo museo. Se destina, finalmente, la Casa de Moneda para albergarlo. Allí se concentran los sabios dedicados al estudio del pasado. Los nombres de Francisco del Paso y Troncoso, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León y don Jesús Galindo y Villa forman parte del grupo de investigadores que dedican no pocas horas al estudio del pasado prehispánico. Surgen publicaciones como los *Anales del Museo Nacional*, que encierra en sus páginas buen número de artículos de esos y otros distinguidos miembros del museo. En sus aulas se dictan cursos, entre los que hay que mencionar aquellos que, a partir de enero de 1911, estarán a cargo de sabios como Eduard Seler, Franz Boas, Alfred Tozzer, el geólogo Jorge Engerrand y otros más que forman investigadores en la recién creada Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana.

No cabe duda de que la creación de este centro de enseñanza fue un acierto del gobierno de Porfirio Díaz. Sonia Lombardo, en su bien documentado "estudio preliminar" de los dos volúmenes de *El pasado prehispánico en la cultura nacional*, menciona otros tres: la creación en 1885 de la plaza de inspector y conservador de Monumentos Arqueológicos de la República, que recae en Leopoldo Batres y que seguramente fue creada a instancias del mismo, la Ley de Monumentos Arqueológicos de marzo de 1897 y el acuerdo de expropiación de junio de 1907 de los terrenos de Teotihuacán para su protección.<sup>2</sup> A éstos podríamos añadir actos como la inauguración del Salón de Monolitos en el Museo Nacional, en 1887, y la proliferación de museos regionales como los de Yucatán, Oaxaca, Michoacán, Colima y San Luis.

Aquí tenemos a dos figuras que habrán de enfrentarse y que corresponden a dos maneras de pensar diferente: una de ellas es Leopoldo Batres, que desde 1884 emprende trabajos de excavación en Teotihuacán y que hacia 1905 empieza las excavaciones de la pirámide del Sol y crea el museo de sitio. Mucho se ha dicho respecto a que don Leopoldo utilizó dinamita en sus excavaciones. Hasta el momento no he podido encontrar ningún dato que sustente lo anterior. También se habla de que deformó la pirámide del Sol, al aumentarle un cuerpo que no existía, según lo asienta Remy Bastien en su tesis *La pirámide del Sol en Teotihuacán*.<sup>3</sup> Sin embar-

<sup>2</sup> Vol. 1, INAH (Antologías), México, 1994.

<sup>3</sup> En E. Matos Moctezuma (ed.), *La pirámide del Sol, Teotihuacán*, INAH-Instituto Cultural Domecq, México, 1995.



go, ningún historiador de la arqueología ha mencionado que a Batres se le deben las excavaciones con una técnica bidimensional para la ubicación de los objetos encontrados, que vemos aplicada en su rescate de la calle de Las Escalerillas. En síntesis, Batres representa una visión un tanto romántica de la arqueología, carente de técnicas depuradas de excavación, salvo la ya mencionada, que en realidad no ubica al objeto con la precisión deseada, a diferencia de la técnica tridimensional.

Caso diferente es el de don Manuel Gamio, el otro protagonista. Se forma bajo las enseñanzas de los maestros de la Escuela Internacional, que por aquel entonces son representativos de lo mejor en investigación antropológica. Desde su creación, la escuela atiende a lingüistas, arqueólogos, etnógrafos, lo cual desde un principio plantea una visión interdisciplinaria, que sienta las bases de la antropología. Dentro de ella, Manuel Gamio desarrolla la práctica de excavaciones estratigráficas, que aplica en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, hacia 1912. Poco después ve la necesidad de llevar a cabo trabajos integrales en los que participan diversos especialistas, como arqueólogos, antropólogos físicos, lingüistas, minerólogos, geólogos, estudiosos de la cultura popular, en fin, un grupo inter y multidisciplinario de profesionales de diferentes ramas que colaboran bajo un enfoque común y con un fin determinado. Don Lucio Mendieta y Núñez, Herman Beyer, Ignacio Marquina, Pablo González Casanova, Roque Ceballos Novelo, Ezequiel Ordóñez, Paul Siliceo Pauer, son algunos de los colaboradores de don Manuel. El lugar escogido es el valle de Teotihuacán. Los trabajos, iniciados en 1917, verán sus frutos en la publicación de *La población del valle de Teotihuacán*, que aparece bajo los auspicios de la Secretaría de Agricultura y Fomento, entonces a cargo de un hombre inteligente: Pastor Rouix.

Se ha dicho que Gamio es el fundador de la antropología. Es cierto. Funda la Dirección de Antropología y en ella se integran las ramas antropológicas (arqueología, etnología, lingüística y antropología física) bajo la premisa de mejorar las condiciones de la población más marginada y explotada. Buen comienzo de nuestra disciplina. Gamio representa lo avanzado de la época a partir de una revolución que en un principio atiende apremiantes requerimientos sociales.

Las décadas siguientes son de un gran impulso para la disciplina. El 28 de octubre de 1937 nace la Sociedad Mexicana de Antropología, que poco después establece sus conocidas mesas redondas. Se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939, por decreto del presidente Lázaro Cárdenas, y poco tiempo después se le incorpora la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que hasta entonces funciona dentro del Instituto Politécnico Nacional. En ella se forman las primeras generaciones de antropólogos bajo la tutela de maestros como Alfonso Caso, Ignacio Marquina, Pablo Martínez del Río, Wigberto Jiménez Moreno, Daniel Rubín de la Borbolla y otros más. El hecho de que en ellas se formen especialistas en las distintas ramas antropológicas es un derivado de la idea de Gamio sobre el particular. Desgraciadamente no se continúa con los trabajos integrales, que mucho ayudarían a entender una problemática regional con la participación de esas ramas, sino que se tiende a la dispersión de las mismas. Salvo contados casos, esta situación prevalece hoy día.

Un paso significativo dentro de la arqueología es la instalación de los laboratorios del Departamento de Prehistoria del INAH, a principios de los años sesenta, por iniciativa de José Luis Lorenzo. Se acude al apoyo de otras ciencias para lograr una mejor comprensión del México antiguo. Se incorporan geólogos, biólogos, químicos, etcétera, que aportan su conocimiento al estudio del pasado. También se emplean técnicas como la fotografía aérea y los recorridos de superficie, indispensables para la prospección arqueológica. Las técnicas de excavación y de fechamiento también alcanzan logros significativos. Con la creación del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la UNAM se implementan laboratorios para diversos tipos de análisis que vienen en ayuda del investigador. Diversos proyectos se desarrollan, tanto del INAH como del IIA y otros centros de investigación donde se practica la arqueología, los cuales muestran cada vez más una especialización que resulta benéfica para el conocimiento del pasado. Actualmente hay quienes se dedican al estudio de la prehistoria o son conocedores de alguna cultura específica o de una región determinada. A otros los atrae el análisis de la dieta prehispánica o de conjuntos habitacionales; no falta quien se dedique a los estudios urbanos o a los espacios sagrados de las ciudades. El aporte de nuevas técnicas continúa presentándose y los enfoques sobre la manera de ver el pasado, aunque efímeros en algunos casos, tratan de dar soporte teórico a la disciplina. Los resultados de estas investigaciones ayudan a comprender cada vez mejor las características de las sociedades que fueron.

En alguna ocasión escribí acerca de la arqueología:

Ninguna otra disciplina puede penetrar en el tiempo de la manera que ella lo hace para llegar a estar frente a frente con la obra del hombre, con el hombre mismo. Para lograr esto, la arqueología recurre a otras tantas ciencias que la ayudan a conocer lo que fue: la geología, la química, la biología, la física... todo ello dirigido al estudio del pasado hace de la arqueología una disciplina plural, universal, en donde muchos especialistas tienen cabida. Va más allá: penetra en el tiempo de los hombres y de los dioses. Lo mismo descubre el palacio del poderoso que la casa del humilde; encuentra los utensilios del artesano y las obras creadas por los artistas; descubre la microscopía del grano de polen y con él la flora utilizada y el medio ambiente en que se dio; la fauna que le proporcionó alimento y otros satisfactores; la presencia de sociedades complejas o comunales; las prácticas rituales de la vida y de la muerte.

En fin, que el arqueólogo puede tomar el tiempo en sus manos convertido en un pedazo de cerámica. Y aun así, ¡cuántos datos se nos escapan...!<sup>4</sup>

Como ocurre en cualquier ciencia, el día de mañana muchas de las ideas y técnicas que empleamos pasarán y otras nuevas vendrán a sustituirlas. Lo que hoy se sostiene, mañana deja de ser.

Mientras tanto, encontremos el tiempo perdido... ❁

<sup>4</sup> *Tríptico del pasado*, El Colegio Nacional, México, 1993.